

apego al Modelo (con ciertas variaciones importantes, claro está) en España. De traducirse la obra, se tendría que ejemplificar y ornamentar este Modelo con concreciones sacadas de la literatura española de la época.

ARIEL DORFMAN

MARTA TRABA: LAS CEREMONIAS DEL VERANO (Ediciones Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1966).

Un lauro metálico, el Premio de Novela Casa de las Américas 1966, acompaña a la obra de la argentina Marta Traba (n. en Buenos Aires, 1930), *Las ceremonias del verano*.

Mario Benedetti, uno de los jurados, señala que se trata de "cuatro constancias de amor, cuatro estallidos de lucidez. En las parcelas de nadie, que permanecen intocadas entre uno y otro capítulo, se abren abismos, se adivina el roer del tiempo, paga su altísimo peaje la verdad. Sin embargo, Marta Traba evita conscientemente esa farragosa tentación, para quedarse con sus bien elegidas, sobrecogedoras revelaciones".

Por otra parte, y como contrajuicio, un anónimo crítico argentino¹ apunta que la escritora "tiene una buena idea: la de pintar cuatro paisajes de verano como símbolos de las estaciones del ser, o de la vida; pero la aplica mal. Desde el comienzo, el enfoque es difuso, la brocha esteticista, la prosa amanerada y caótica".

Ni tanto ni tan poco.

En cuatro estancias: *Il trovatore, París era una fiesta, La vermeeriana* y *¡Pase! ¡Vea! Entre al laberinto del amor...*, Marta Traba va conciliando el mundo de unos recuerdos algo obsesivos con los juegos de la existencia. Desde el "placer de ir asesinando a fuego lento la imagen de su casa", las historias del Leoplán, la imagen de Vivien Leigh y de Ana Karenina, la escalera apta para el ejercicio de la neurosis² y el enfrentamiento con un orden susceptible de ser corrompido ("el mundo perfecto de los tenedores, las copas de cristal, las baldosas blancas y negras, los sillones espesos y blandos...") hasta la atmósfera orgullosamente provinciana y retorcida del lugar denominado "Vicente López", o del ámbito "Nacha Regules", lo que se pretende mostrar es la imagen de los mitos en derrumbe. El paraíso que deja de serlo.

La segunda estancia corresponde a una imagen opuesta a la de Hemingway. París no es una fiesta, sino una larga y jadeante experiencia en crisis, entre conserjes, mansardas, hambres, náusea y un asfixiante sentido del amor. La tercera reconstruye —con técnica moderna— una

¹"Historia de una insolación". *Primera plana*, Nº 197, Buenos Aires, 4 al 10 de octubre de 1966, p. 79.

²El símbolo de la escalera, tan caro a Julien Green, aparece magistralmente estudiado en el libro de Mircea Eliade, *Mitos, sueños y misterios*.

historia casi quiroguiana: una mujer con sus perpetuas obsesiones en una selva de cemento, en pleno Casteljandolfo. Por allí estira su mano una laguna en donde la muerte existe.

El cuarto episodio, una fogata —al parecer con algo de ritual— y una playa joyceana, en donde se adivina un viaje de Ulises hacia el desasimiento, un “túnel del amor” en una feria de entretenimientos, que es, al mismo tiempo, la propia experiencia de una pareja, resume la módica noción de una cinematográfica incomunicación a la manera de Goddard.

Técnicamente, el libro vale por el acierto en el flujo de la conciencia, por el manejo increíble de las asociaciones mentales y por una suerte de liberación de las normas del diálogo mostrenco.

Las ceremonias del verano no es obra de “sensorialismo histérico”³, sino más bien una búsqueda de los escondrijos del alma humana. Asendereada, solitaria, desconsolada, la protagonista asume el papel de ser, aunque no lo parezca, su Ulises-Penélope. De este rasgo ambiguo surge, advertiblemente, la tela intemporal que se teje con recuerdos, y el periplo que abarca de Vicente López (Itaca) a París y Casteljandolfo (tierras de feacios y de Circe).

ALFONSO CALDERÓN.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT: EL GATO DE CHESHIRE (Editorial Losada, Buenos Aires, 1965. 171 p.).

En 1865 el matemático y poeta Lewis Carroll imaginó un gato hartamente pavoroso que el de Poe, capaz de esfumarse con inenarrable velocidad. Postuló, eso sí, la permanencia de la sonrisa del felino, independiente de su poseedor, con estas palabras:

—Te agradecería que dejaras de aparecer y desaparecer tan de repente: me mareas.

—Muy bien —dijo el gato de Cheshire. Y esta vez se desvaneció lentamente, comenzando desde la punta de la cola hasta llegar a la sonrisa. La sonrisa, cuando ya todo el resto se había hecho invisible, permaneció por algún tiempo en el aire.

—Bueno. Muchas veces he visto un gato sin sonrisa —pensó Alicia—, pero una sonrisa sin gato”.

El gato carrolliano ha dado pie al escritor argentino Enrique Anderson Imbert para ofrecer sus “sonrisas sin gato”, anticipadas en un volumen denominado *El Grimorio* (Editorial Losada, Buenos Aires, 1961), y que satisface con la explicación de que sus cuentecillos son “mónadas, átomos psíquicos en los que se refleja, desde diferentes perspectivas, la

³Historia de una insolación.